

Belcebú

Gisela Burunat

Lo vimos todos.

Bajó del cielo en una nube blanca,

con su cruel sonrisa

brillante y sarcástica.

Lo vimos todo, todos.

Se hizo llamar Belcebú,

rey de leyendas sagradas.

Nos ofreció la muerte y,

con ella, la felicidad anhelada.

‘Pero debéis hacer algo a cambio’, nos dijo,

‘debéis darme vuestras almas’.

Todos estaban de acuerdo;

no les servían de nada.

Una voz rebelde dijo:

‘¿para qué quieres las almas?’

En ellas no encontrarás nada,

tan sólo un vacío inmenso

que no satisfecerá tu ansia.

En el alma no tenemos nada’.

‘Eso lo veremos’, contestó Él,

retándole con la mirada.

Metió su sedienta lengua
en la mente que le hablaba,
y con gesto repulsivo
escupió lo que casi traga.

‘No, no estáis vacíos;
estáis llenos de desesperanza.

Eso es peor que dios,
incluso peor que la nada.

Dios alimenta vuestra mente
aunque vuestro espíritu amarga.

Pero eso que tenéis,
esa terrible desesperanza,
os está comiendo la vida
y os va dejando en mi lancha’.

‘¿Y no es eso lo que quieres?’,
preguntó el rebelde,

‘¿buscas nuestra muerte
y nos aconsejas evitarla?’

‘No, estúpido, no...

Yo necesito vuestras almas
porque, precisamente,
vivo de esperanzas’.